

IX.

Lo que pasó inmediatamente fué solemne, terrible; las miradas de aquellos dos jóvenes, hermosos ambos como una tentación, se cruzaron, se confundieron, abrasadoras, terribles, inmensas.

Entrambos estaban pálidos y temblaban.

—Hay un destino comun á los dos, César, dijo Estéfana; entrambos nos encontramos envueltos en una nube de fuego; yo no sé lo que siento por tí, si es amor ó aborrecimiento; pero á tí me arrastra un poder invencible; necesito oírte, necesito que me digas cuánto eres capaz de hacer por mí; dudo, vacilo; estoy á punto de decidir mi destino, y no quiero dudar ni vacilar.

—Rompamos por todo, Estéfana, dijo Malatesta; yo estoy amenazado por el Consejo de los Diez, obligado á casarme con Elena Conti, empeñado mi orgullo, que mi amor no, por la mujer de ese rey, sin reino y sin corona; de una parte, tengo amenazada la vida; de la otra, empeñado mi orgullo en un duelo á muerte; pues bien, Estéfana, mi alma está bebiendo por mis ojos el alma tuya que arde en tu mirada; el fuego de tu sér se transmite á mi sér por tu hermosa mano que tiembla entre mi mano; tu hermoso seno se agita cerca del mio, y oigo los latidos violentos de tu corazón; tú me amas, Estéfana; tú no sabías que me amabas, hasta que ha llegado el momento de consagrarte, de entregarte á otro hombre; tú has necesitado saber cuánto era mi amor hácia tí, y me has citado; nos hemos encontrado, tú próxima

á unirte á ese extranjero, yo faltando á la hora y al lugar donde obligado por la República debia unirme con Elena Conti; pero esto ha sido un sueño; una terrible pesadilla que nos ha envuelto á los dos, Estéfana; pero hemos nacido el uno para el otro; no hay poder ni destino que puedan separarnos; viéndote, oyéndote, adorándote, nada existe para mí en el mundo más que tú; toda la hermosura junta de todas las mujeres que me han amado, desaparece, se borra de mi memoria, por una sola mirada de tus ojos; ¡qué importa lo que haya de suceder! ¡Qué importa que me despedace el Consejo de los Diez por inobediencia, si he gozado en un solo momento una eternidad de gloria contigo! ¡Ah! ¡No me engañes, Estéfana! ¡Yo temo que todo el amor, toda la turbación, toda la alegría que veo en tus ojos, que me embriaga en tu aliento abrasado, sean mentira! Pero no, no, tú no mientes ahora, ¿no es verdad? Tú no mientes ahora como me has mentado otras veces; pero ¡insensato de mí! á qué dudar, si todo tu sér me está diciendo ¡yo te amo!

—Si, contestó Estéfana, lanzando aquel sí envuelto en un suspiro; ¡yo estoy loca! El infierno te ha dado sin duda todo su poder; mi cabeza se pierde; no me acuerdo á qué he venido aquí; ¡ah, si! exclamó Estéfana con un acento en que se revelaban el miedo y el horror: habia venido á matarte.

—¡Tú! ¿Tanto me aborreces? exclamó dolorosamente Malatesta.

—No, no te aborrecia, dijo Estéfana, te temia César; he humillado demasiado tu orgullo, te he irritado de-

masiado; eres harto terrible para que yo no temiese por la vida del hombre á quien vieses esposo mio.

—Pero esto es volverse loco, dijo Malatesta; ó tu amor, ese amor que veo en tí, es una fascinacion que te embriaga, ó te unías sin amor con ese hombre.

—Yo no te conocia, César; no te he conocido hasta esta noche, hasta hace un momento; nunca me has hablado tú con tanta sinceridad; cuando tú me enamorabas, veía yo en tí la intencion de humillarme, y esto me irritaba, me obligaba á humillarte á mi vez; nosotros hemos sido enemigos; no podíamos olvidarnos el uno del otro, y creíamos ódio lo que sentíamos el uno por el otro, César; tú has enamorado á otras mujeres por irritarme; yo, por irritarte, he escuchado los amores del rey don Sebastian; el mismo dia en que ese rey me vió y me siguió, fui yo á casa de Tieppolo Albano á comprarle el tósigo de los Borgias; ese tósigo, le he entregado yo hace poco, antes de venir á hablarte, viéndote ya, para que lo entreguen á Bempo, el cocinero que prepara las viandas que se sirven en ese pabellon donde debíamos entrar juntos, donde no entraremos, César, porque yo, que nunca he asesinado; yo, que no he nacido para matar, al verte, al unir mi mano con la tuya, me he estremecido, he pensado en que si no retrocedia, en que si te halagaba, si te engañaba, dentro de poco tiempo, tu mano, que ardia en mi mano, seria la mano helada de un cadáver. ¡Oh! No puedes dudar de mí, César, porque te lo revelo todo, porque al revelártelo todo, te doy la seguridad de que mi alma es tuya.

—Tengo miedo, Estéfana, dijo con acento cobarde

Malatesta; tengo miedo, porque me parece imposible que Dios me permita gozar la felicidad de tu amor; en mi memoria se levanta todo el mal que he hecho, todos los dolores que he causado, toda la sangre que he vertido; tengo la conciencia negra, he sido un infame, y la felicidad no puede ser nunca el premio de la infamia.

—¡Oh, no! Dios tal vez tiene misericordia de tí, y te da mi amor para que te conviertas, para que hagas tanto bien como mal has hecho. ¡Dios mio! yo no sabia lo que era amar, y era dura, fria, terrible; no he hecho daño á nadie, he amargado el corazon de mi buen padre, de mi anciano padre; yo conozco ahora que te amo, y que te amo como Dios quiere que ame la mujer, porque me siento ansiosa de virtud, porque mi alma se ha hecho tierna y dulce de repente.

—A cada momento siento más miedo; porque á cada momento me siento más feliz, dijo Malatesta.

—¡Ah, no! Escucha, yo he entrado en los jardines con el rey don Sebastian; por él, á quien yo creia amar, fascinada por su historia, por su nombre, por sus desgracias, por la grandeza que de él rebosa, yo venia á matarte, porque temia que tú, al verle esposo mio, le matases; él está aquí, yo voy á buscarle; yo le diré: señor, perdonadme si engañada he podido engañaros; yo no os amo; lo he comprendido hace un momento; porque al ir á matar á César Malatesta, he comprendido que le amaba, que no habia amado ni podia amar á otro más que á él; perdonadme, señor, y olvidadme ó tomad de mí la venganza que querais, porque yo no puedo engañaros, porque yo no puedo sacrificarme, porque yo no

puedo hacerme horriblemente desgraciada, envolviéndolos en mi desgracia.

César Malatesta estrechó contra su seno en silencio á Estéfana, que reclinó la cabeza sobre su hombro y lloró.

Era la primera vez que Estéfana lloraba.

X.

Es necesario convenir en que Gabriel de Espinosa era muy desgraciado.

Todas las empresas que acometía tenían un resultado desastroso.

Por la primera vez de su vida había amado, y cuando por su amor se había indispuesto con su conciencia, abandonando á su esposa, á quien nunca había amado, pero á quien todo lo debía; abandonando á su hija arrastrado por la locura, cuando ébrio de amor y de deseo se creía próximo á gozar del cielo que había soñado en Estéfana, Estéfana comprendía, delirante de placer, que no amaba al hombre á quien creía haber amado; que amaba con toda su alma al hombre á quien había creído aborrecer con todo su odio; que el rey don Sebastian le era completamente indiferente, y que César Malatesta era su felicidad, el ardiente destino de su vida.

Lo repetimos; Gabriel de Espinosa no podía ser más desgraciado.

XI.

—El tiempo se pasa, dijo Estéfana, y yo también ten-

go miedo; el rey don Sebastian es terrible, y comprendo que sería insensato decirle lo que había pensado decirle; ese hombre está loco, César; ese hombre tiene la locura de la grandeza y del orgullo; ese hombre me desprecia y te buscaría á tí.

—Me ahorraría la mitad del camino, porque yo voy á buscarle; porque ese hombre ha oído palabras de amor de tu boca, y necesito que me pague con su vida la felicidad de haberlas oído; él y yo no cabemos juntos en la tierra; es necesario que el uno sea arrojado en la tumba por el otro.

—Tú me has dicho que serás mi esclavo, dijo pálida de terror Estéfana, y si yo no te veo dócil á mi voluntad, creeré que no me amas, y seré horriblemente desgraciada; tú harás lo que yo te mande, ¿no es verdad?

—¿Y qué te importa la vida de ese hombre? Mira no crea que aún queda en tu alma para él un resto de amor.

—¿Lo creerías así, César? dijo solemnemente sería Estéfana.

—¿Por qué cruzarse entre las espadas de dos hombres que deben aborrecerse? exclamó con acento amenazador Malatesta.

—¿Por tí! ¿Porque temo por tu vida!

—¿O por la suya, Estéfana!

—¿Dios mio! Tú no puedes decir eso; yo venía á matarte, y en vez de matarte te he dado mi alma entera, porque ha sido necesario que yo arrostre esta situación terrible, para que conociera que te amaba.

—¿Oh! ¡Insensato de mí! exclamó Malatesta; ahora lo comprendo todo; Satanás te ha dado el arte del engaño.

—¿Qué dices, César?

—Sí, es verdad; tú no estás acostumbrada á matar; te habias creído bastante fuerte para cometer el crimen, y al verle de cerca, al tocarle, has retrocedido espantada.

—¡No; he comprendido que te amaba!

—Mientes; á quien tú amas es á ese rey de farsa, á ese aventurero; sabias que yo me habia de cruzar en vuestro camino, que yo habia de matarle antes de que llegase contigo al altar, al mismo altar en que en vano han pensado me uniria con Elena Conti; has sido cobarde, y ahora mismo no sabes qué debes hacer.

—¡Ah! ¿Crees tú que yo vacilo, que yo dudo, que yo tengo miedo, que no soy tan valiente como tú, que no soy como tú capaz de todo, que podia yo amarte como te amo si no fuese semejante á tí? Pues bien, voy á darte una prueba de que no miento. Óyeme, César; si yo salgo de aquí contigo, dejando solo y esperándome en vano á ese hombre, si yo te hago completamente mi señor, si despues voy á arrojarme á los piés de mi padre á rogar su perdon, á pedirle su bendicion para nosotros dos, ¿creerás que te amo?

—Sí; si eso haces, lo creeré, respondió Malatesta con la mirada resplandeciente de alegría.

—¿Y qué harás tú por mí en premio de mi amor, de mi delirio?

—Cuanto me pidas, Estéfana.

—Oye; yo creo que ese hombre, que ese rey don Sebastian, es incontrastable; en algunos momentos, veia en su mirada algo de la mirada de la fiera, del valor

indómito y sanguinario del leon; yo tengo miedo; yo tiemblo al solo pensamiento de que os encontréis frente á frente y espada en mano; hay momentos tambien, en que creo que tú eres invencible, y cuando loca y fascinada creia amarle, temblaba por él, como ahora tiemblo por tí; ten lástima de mi agonía, César; al conocerte, he conocido que te he amado siempre sin saberlo; y te amo tanto, que todo me espanta; yo conseguiré el perdon y la bendicion de mi padre, estoy segura de ello; yo le diré: señor, vos sois prepotente en Venecia, yo tiemblo al solo pensamiento de que se busquen y se encuentren César y el rey don Sebastian; valéos de vuestro poder, y apartad de Venecia al rey. Y mi padre que me ama, que me ama porque soy su hija, que cree haber olvidado que yo existo, porque está irritado contra mí, me acojerá amoroso cuando yo le busque arrepentida, y apartará de Venecia al rey; porque tiene para con el rey un deber de lealtad, y para contigo el deber de velar por el esposo de su hija.

—Por tu amor, todo; hasta la deshonor, dijo Malatesta.

—¡Oh! Yo tambien lo arrostro todo por tí; hasta la muerte.

—¿Y quién puede poner asechanzas á tu vida? dijo Malatesta.

—La mujer con quien debias unirte: Elena Conti.

—¡Oh! ¡Elena Conti! La mujer con quien me manda casarme so pena de traicion á la República.

—Y bien, que nos haga pedazos el Consejo, Elena Conti ó el rey don Sebastian; el amor se ha rebelado en

nosotros, y mi amor es valiente; yo siento lo mismo que tú sientes; una eternidad de gloria en un momento de felicidad contigo, y despues, que nos reduzca en buen hora á ceniza en el fuego del cielo. Ven.

—¿Y no esperas á Laureta?

—Ella se volverá sola á casa.

Y Estéfana se asió del brazo de César Malatesta, y tiró con él hácia la entrada de uno de los senderos del Laberinto, pasando muy cerca de Brachioforte, que estaba escondido entre la yerba.

XII.

Pero aún les faltaba un gran espacio para llegar á los árboles, cuando por otro sendero apareció un hombre que marchaba apresuradamente.

Aquel hombre llevaba un birrete rojo bordado de oro, una loba negra con pieles de armiño, un jubon de raso blanco y negro, y calzas blancas.

Aquel hombre era Gabriel de Espinosa, que en su precipitacion tropezó con Malatesta y Estéfana, la reconoció, lanzó un rugido de rabia, se hizo atrás, y quedó mirándolos frente á frente.

En aquel momento salió de entre los árboles una dama ricamente vestida á la veneciana, con el semblante descubierto.

Era la sultana Sayda Mirian.

Tras ella, con traje condotiero veneciano, con el semblante descubierto, terciados en el brazo izquierdo dos albornoces, venia un hombre.

Aquel hombre era Yezid, el leal servidor de Aben-Shariar, que se habia salvado por un milagro de la muerte, y servia con su ardiente fidelidad africana á Sayda Mirian.

Esta y Yezid se detuvieron á alguna distancia de Gabriel de Espinosa, atentos á lo que iba á suceder.

Por la otra parte, Brachioforte se habia puesto de pié, habia probado si su espada salia bien de la vaina, y observaba atento.

Del mismo modo Yezid empuñaba con la mano trémula de coraje su espada.

XIII.

Nuestros lectores no saben cómo y por qué razon Gabriel de Espinosa se encontraba frente á frente de Estéfana Barbarigo y de César Malatesta.

Pueden, sin embargo, adivinar, al ver allí tambien á la sultana Sayda Mirian, que esta éra la causa de aquel encuentro.

XIV.

Yezid servia á la sultana, como hubiera podido servirle el más inteligente esbirro.

Yezid habia podido averiguar quién era entre la servidumbre de Estéfana Barbarigo la persona que más gozaba de su confianza, y supo que esta persona era su doncella Laureta.

Laureta fué comprada á un tiempo por Yezid, por amor y por dinero.

Aunque Yezid tenía ya más de cuarenta años, era todavía un buen mozo; Laureta, que era muy linda, inspiraba la elocuencia, sino del amor, del deseo, á Yezid, que era vehemente como buen africano, y esto, junto á la esplendidez con que regalaba á la muchacha, hizo que Laureta se enamorase ciegamente de Yezid, lo que es lo mismo que si dijéramos que Laureta era toda en cuerpo y alma del bravo corsario.

Por este medio Sayda Mirian sabia cuanto pasaba en el palacio Barbarigo entre Estéfana y Gabriel de Espinosa, que sus amores se acercaban dignamente al matrimonio, que nada, en fin, grave existía entre Estéfana y Gabriel, más, que el sério compromiso de un enlace próximo. Sayda Mirian, abandonada á sí misma, repudiada, privada de la ayuda de Aben-Shariar, estaba resuelta á todo para impedir aquella boda.

Habia recurrido al Consejo de los Diez, y el Consejo de los Diez la habia respondido declarándose incompetente; pero tomándola á ella y á su hija de una manera independiente de sus asuntos de familia bajo la protección de la República, lo que era lo mismo que decir: no os faltará una renta para vivir, ni una casa donde habitar.

Por lo demás, el Consejo de los Diez no podia oponerse al repudio decretado por el Papa en uso de su poder legitimo como representante de Dios sobre la tierra, como la mano suprema que tenia la potestad de atar y desatar.

Sayda Mirian, pues, se vió reducida á su propio esfuerzo y á los leales servicios de Yezid.

Este habia sabido aquel dia por Laureta que aquella noche debia celebrarse secretamente el casamiento de Gabriel de Espinosa y de Estéfana; pero que antes, Estéfana iria con Gabriel de Espinosa á los jardines de Apolo, para donde Estéfana habia citado á César Malatesta.

Yezid habia tenido en sus manos la carta que Estéfana habia dado á Laureta para que la llevase á César Malatesta, la habia abierto cuidadosamente, la habia leído, la habia copiado, y la habia vuelto á cerrar de tal modo que no podia conocerse que habia sido abierta.

Por esto habia asistido la sultana aquella noche á los jardines de Apolo, desde antes de que su puerta se abriese, habia esperado, habia reconocido á pesar de su disfraz á Gabriel de Espinosa, le habia oido, como sabemos, lo que habia hablado con Gabriel y con Laureta Estéfana á la puerta de los jardines.

Otra persona que hubiese oido las palabras de Estéfana nada hubiera podido comprender por ellas; pero para Sayda Mirian, fueron una alegría, porque la permitian obrar con grandes probabilidades de buen éxito.

Así es, que apenas entró en los jardines, buscó la laguna y la estatua de Niove, á alguna distancia de la que se puso en observacion con Yezid.

Estéfana habia aprovechado una ocasion oportuna, se habia desasido de Gabriel de Espinosa, se habia perdido entre los árboles inmediatos, y Gabriel de Espinosa se habia encontrado solo.

Esto le había contrariado gravemente. Gabriel de Espinosa veía con extrañeza, y tenía razón para extrañarlo, la excéntrica conducta de Estéfana, su incalificable entrevista en la misma noche de su casamiento con César Malatesta, y esto le hizo recelar, y le puso en muy mala disposición de espíritu.

Vagó algún tiempo por los jardines, por ver si encontraba á Estéfana, y no consiguiéndolo, se fué á esperar, á cada momento más colérico, al lado de la laguna y al pié de la estatua de Niove, donde Estéfana le había dicho que volvería á buscarle.

XV.

Aún no habían pasado cinco minutos desde que esperaba, cuando se acercó á él lentamente una máscara magnífica, afectada de una manera completa en su modo de andar, que se comprendía no era su paso acostumbrado, y deslumbrantemente vestida con un ostentoso traje de patricia veneciana, y de patricia riquísima.

Gabriel de Espinosa ni aun llegó á sospechar que aquella dama fuese Sayda Mirian.

De tal manera desfiguraba ésta su paso, su actitud y hasta su estatura, encorvándose para parecer menos alta, porque, como sabemos, Sayda Mirian tenía una estatura aventajada.

Gabriel de Espinosa no estaba de humor de aventuras, y recibió de una muy mala manera á Mirian, que se había detenido cerca de él.

—Déjame en paz y sigue tu camino, lá dijo; no me conoces de seguro, y yo no quiero conocerte. Anda con Dios.

—Me causa pena que estés solo mientras Estéfana Barbarigo habla libremente con su antiguo amante César Malatesta.

—Mientes, dijo Gabriel de Espinosa; César Malatesta jamás ha sido amante de Estéfana.

—¿De qué mujer hermosa, jóven y patricia, no ha sido amante César Malatesta?

—Por qué haya sido amante tuyo, mujer, dijo con desprecio Gabriel, ¿ha de haberlo sido también de Estéfana? Véte.

—¡Amante mio! ¿Cuándo he tenido yo amante? exclamó Sayda Mirian, olvidándose de finjir la voz.

Gabriel de Espinosa la reconoció, tembló y se hizo atrás.

—¡Mirian! exclamó.

—Pues bien, sí, no quiero mentir más, no quiero encubrirme más, no tengo necesidad de mentir ni de encubrirme. ¡Sí, yo soy tu esposa Sayda Mirian! ¡Tu esposa ante Dios y ante los hombres, á pesar de tus traiciones, á pesar del Papa y del mundo entero! ¡La sultana Sayda Mirian, que se acuerda de que es africana, de que la debes la vida, de que la perteneces entero! ¡La sultana Sayda Mirian á la que siempre encontrarás á tu lado como la encuentras ahora, si no la matas, en lo que la harías un favor! ¡La sultana Sayda Mirian, que no ha podido hablarte cuatro palabras sin decirte: ¡yo soy Mirian que te ama á pesar de tu desagradecimiento y de